

Pinceladas para dar color en un lugar llamado “La Arboleda”*

Enzo Angeles, Pilar Valdez, Cecilia Picoaga, Luis Fernando Bazán, Evelyn Luna Victoria, María Fernanda Torres

La primera vez que escuchamos el nombre “La Arboleda” sentimos que el nombre hacía poca referencia a un pequeño asentamiento humano ubicado dentro del territorio del territorio. Bosquejando coordenadas, ubicamos Ancón y dentro del tradicional distrito Balneario, incursionamos dentro de otro más pequeño, Santa Rosa. En esta localidad y luego de sinuosos trayectos de arena, encontramos a La Arboleda.

Acompañando este proceso de hallazgo, estuvo nuestra voluntad de encontrar y moldear un proyecto. Algo saciados de proyectos de salud y educación, anhelábamos colaborar con el cuidado al medio ambiente a nivel urbano. Esta fue la razón que nos hizo conocer el proyecto del Parque Ecológico Antonio Raimondi, del Ministerio del Ambiente, que beneficiará a Ancón y Santa Rosa, una iniciativa que vería luces a 5 años. La idea se desvaneció por lo ambicioso y lo escaso que sería nuestro aporte en los pocos meses que haríamos nuestro trabajo.

Sin embargo, el parque se convirtió en una tentadora herramienta y la comunicación para el desarrollo hizo su necesaria aparición. Como comunicadores en pininos, y con la gran pasión de esta etapa, sentimos que un aporte que nos permitían nuestros recursos y tiempo sería fortalecer vínculos de convivencia dentro de una localidad utilizando la construcción del parque como excusa para lograr organización y trabajo conjunto de los habitantes.

Podríamos tildar de inusual este comienzo, ya que desde a la distancia poca relación habría con lo que finalmente hicimos y logramos. Con la lógica de por medio, recorrimos las localidades del distrito de Santa Rosa y, con una cuota del simpático destino, profundizando cada día más la veta social y territorial del distrito, encontramos a “La Arboleda”, nombre relativo a un paraíso perdido, pero cuya realidad no se parecía a la de aquel.

Entrevistando, observando e interpretando indicios básicos, no se nos hizo difícil reconocer que este lugar necesitaba un empujoncito para concretar las potencialidades que nuestra indagación encontró: Un lugar tranquilo libre de delincuencia, gente interesada en un progreso, pero sin una ruta clara; un lugar con Internet y cable, y obviamente con electricidad, pero sin agua; un tranquilo lugar con espacios recreativos, pero sin gente recreándose. Estas incongruencias se respondieron simplemente observando las precarias condiciones de su parque central: bancas despintadas, juegos desgastados y escasa supervivencia vegetal.

Luego de esto, entendimos que no era necesario recurrir al parque ecológico como herramienta, ya la teníamos más cerca.

Iniciando alianzas

“Esta realidad nunca sucedió cuando éramos una asociación de propietarios”. Esta simple frase dicha por la presidenta de

*Proyecto realizado en el marco del Curso de Proyectos de Comunicación para el Desarrollo (2011).

la directiva de “La Arboleda”, Enerita Cavero abrió la línea lógica de la historia del lugar. Con una postura autoritaria y una mirada fija, esta enérgica mujer nos explicó que hace 15 años cuando se fundó el lugar, era considerado una asociación de propietarios, en la que las contribuciones vecinales se reflejaban en un cuidado constante de su ornato. Preguntas más y luego unas menos sobre las razones de la situación actual, Enerita, balanceando el brazo hacia arriba con fortaleza de líder, despotricó sin sutilezas de los acontecimientos posteriores a la fundación. La corrupción abrió heridas en el lugar.

Ventas ilegales de terrenos ocasionaron que el número de habitantes no contribuyentes aumentaran y, así, que el desgano y la falta de comunicación vayan ganando terreno. “La Arboleda” se convirtió en un lugar donde habitar, mas no donde vivir con calidad humana; situación que se tradujo en una escasa organización y un conflicto de intereses cuyo indicador más notorio fue la condición del parque y sus otros lugares.

Enerita nos confirmó lo que intuíamos: No existían lazos de colectividad en la localidad, que garanticen una vida futura que vaya incrementando el bienestar de la población. Con este conocimiento, pusimos manos a la obra: teníamos que lograr un fortalecimiento de vínculos entre los habitantes de La Arboleda. Solo que el entusiasmo no avizora que para construir algo no basta con mirar por arriba los problemas que existen para allanar el paso.

El principal problema encontrado fue que existía un desconocimiento casi absoluto de los intereses y opiniones entre adultos y jóvenes. Los primeros imponían una postura de autoridad y de conocimiento absoluto acerca de lo correcto y lo negativo; los segundos encontraban represión y renegaban del desfase generacional que ocasionaba la incomprensión de sus inquietudes. Por ello, este sería nuestro principal obstáculo para allanar el camino: lograr una interrelación entre estos dos grupos.

Arboleda de Colores

Este fue el nombre escogido para el proyecto que buscaría devolverle vida al lugar desde su propia gente. Dinámicas iniciales lograron informar a la población sobre nuestra iniciativa. La primera charla participativa nos lanzó casi de golpe a lo que sucedía: para muchos adultos, el parque era solo un lugar para hábitos improductivos de los jóvenes.

Sin embargo, miradas y posturas de sorpresa se observaron cuando Pilar, la integrante mayor de nuestro grupo, se auto expuso como ejemplo de que se puede alcanzar entendimiento entre jóvenes y adultos y la sorpresa aumentó cuando, megáfono en mano, dijo que el grupo más organizado que habíamos localizado era un grupo de bailarines, que con iniciativas constantes había participado y convocado a campeonatos, y otros logros propios de una adecuada organización. Ante los ojos de los adultos, los jóvenes ya empezaban a tener un lugar. Esto hizo más fácil una postura de escucha que prometía resultados grandes en un futuro.

Cada sesión con los jóvenes eran fiestas de compartir, de escucha y de risas. Cada una de ellas introducía a nuevos miembros y ese contacto entre chicos y chicas, ajeno a la realidad, vio la luz a raíz de las dinámicas. Con juegos; es decir, con la gracia lúdica, los chicos reconocieron el valor de una adecuada comunicación y del respeto hacia el otro. Los a veces improvisados sociodramas, elaborados por ellos mismos, escenificaban sucesos de su vida misma: falta de comunicación con los padres, conflicto y menosprecio con sus intereses.

Sin embargo, ellos mismos idearon representaciones que sugerían la solución a ellos. Dinámicas participativas, con jocosidad de por medio, que inculcaron el valor de la organización y la tolerancia solo eran interrumpidas por el fuerte viento del lugar, enemigo recurrente, y más aún para gente venida de fuera. La conclusión fue que ya comenzaban a ser agentes de su propio cambio; había que empezar a hacerlos actuar.

La muralización y pintado de diseños en llantas fue manifestando aún más el deseo de los jóvenes por ver un parque mejor. La participación entusiasta de este público dando ideas y plasmándolas en una simple pintura resultaba gratificante. Estas fueron las primeras grandes actividades de recuperación del parque donde los adultos brillaron por su ausencia.

Situación distinta corrió con los adultos. Cada sesión mermaba en cantidad de gente. Las explicaciones más diversas se dieron para explicar esta situación. Cambiamos los modos y horarios para convocar. Caminatas por el arenal y tocar casa por casa fueron recursos que cada uno asumió y como equipo nos distribuimos por el lugar. Caminos ásperos y amenazas de perros callejeros acompañaban esta labor de seguir casa por casa. La realidad inicial fue una gran acogida y compromisos de asistencia, pero el resultado fue un local con pocas personas.

Los líderes presentes

Entre las pocas personas adultas asistentes semana a semana, encontramos a una pareja de esposos. Con seis años de casados, Willy y Yesenia no pretendieron nunca dejar desvanecer la idea de que La Arboleda se convierta en un lugar mejor para sus hijos y vecinos. Con pasos paralelos, esta pareja hacía siempre su aparición con una sonrisa. Con ideas nuevas y frescas hacían que el desánimo por la poca concurrencia disminuyera. Con voz mesurada, Willy nos mostraba las rutas para atraer a los adultos.

Beneficios directos fueron las grandes soluciones que tanto Willy como Enerita expusieron. La gran pregunta fue: ¿cómo hacerlo sin mostrarnos asistencialistas? ¿Polladas? ¿Bingos? Por la premura del tiempo ejecutamos lo segundo. Con la ayuda de Enerita se consiguió la casi total venta de cartillas. Atraídos por el premio, la asistencia de adultos y jóvenes fue masiva. Los primeros formaron parte de la diversión de las dinámicas previas al sorteo y mostraron una vivaz candidez juvenil.

Si bien el atractivo principal fue el premio, esta actividad permitió mostrar la

capacidad que existía en ellos para mejorar el lugar. Participaron en diseños del parque y, a través de los mismos vecinos como voceros, se logró el compromiso para que muchas de esas iniciativas expuestas se plasmasen en obras el domingo 17 de diciembre.

Gracias a personas con voluntad y fe en un proyecto, se logró un conocimiento más amplio en la gente de La Arboleda, la cual conoce la idea y la sencillez del proyecto que puede ofrecerles un lugar mejor para vivir. Ahora solo nos queda prender los senderos para que el trayecto se dé en equipo.

Los colores que brotaron hasta la fecha

Un resultado final es difícil de medir y alcanzar. No logramos en su totalidad un fortalecimiento de vínculos entre jóvenes y adultos. Sin embargo, las luces ya están prendidas para que esto se dé. La atención con que un adulto escucha a un joven y esa desaparición del desprecio ante sus iniciativas se ha ido; luego de esto sigue que juntos actúen.

Como resultado inesperado, pero igual de importante, obtuvimos que chicos y chicas rompan su timidez y empiecen una vida amical y de querido barrio, la cual será de gran añoranza en un futuro y de garantías para un futuro de convivencia vecinal, ya que es más fácil trabajar entre amigos que solo entre vecinos.

Para lo que sigue, prometemos el mismo entusiasmo, pero mayor cabeza y cordura. Las emociones que frustrantemente suelen llevar al error ya vienen siendo mejor manejadas, por la constancia y la experiencia que nos enseñó a no ensañarnos con los problemas y, antes bien, a abordarlos. El viento cada vez molesta menos, es obvio que es por el cambio de estación, pero queremos creer que es porque hasta la naturaleza de La Arboleda ya nos hizo un lugar.